

¿Oscurantismo medioeval?

(Concluye)

Grandes maestros

En general, no sólo la cantidad, sino también la calidad en la investigación del Medioevo, han subido notablemente. Los últimos cincuenta años pueden enorgullecerse, por ejemplo, con la presentación de obras maestras como las de Henry Osborn, Taylor (sobre la mente medieval), de Haskins, de Sandys (sobre la tradición clásica) y de Duchesne, entre otros. La calidad de los ocupantes de las cátedras medievalistas en las distintas universidades europeas y americanas ha sido una de las influencias determinantes en la multiplicación de los estudios relativos a la Edad Media. Para dar ejemplo de ello basta citar los nombres de Charles Bémont, Paul Fabre, F. Powicke, H. A. L. Fisher, Alfredo Weber, J. W. Thompson, F. Lot, F. von Bezold, T. F. Tout, Reginald Lane Poole, Dana C. Munro, Rafael Altamira, Paul Fournier, Charles H. Haskins, entre otros, cuyas sabias orientaciones y espíritu de devoción a la Edad Media se ha traducido en una verdadera galaxia de estudiantes.

La erudición no ha suprimido, sin embargo, a la obra de historia como producto artístico. Algunos medievalistas contemporáneos, tales como Huizinga y Ernst H. Kantorowicz, han sabido aunar un profundo conocimiento con una sensibilidad verdaderamente artística. Al lado de ello, también se han aprovechado elementos hasta ahora ignorados en la formación de la cultura europea. Percy E. Schramm y Marc Bloch, entre otros, han usado con gran éxito la enseñanza política y religiosa que encierran los textos litúrgicos de la alta Edad Media; las inscripciones

en monedas y medallas, son usadas ya hoy como rica fuente de información en diversos campos de la historiografía medieval. Algunas disciplinas, hasta hace poco olvidadas han sido por decirlo así desempolvadas. Ullmann, entre otros, ha tratado de clarificar el importante papel que jugó el derecho canónico en la formación de la conciencia jurídica y teológica de la Europa moderna.

Pensamiento filosófico y político

Claro está que la revisión de los viejos textos medievales y la profundización general de los estudios, se ha traducido en la reapertura o revivificación de cierta clase de disciplinas que abrevan en el Medioevo. Así, hemos visto la fundación del neo-escolasticismo como un homenaje moderno a la mente medieval (Gilson, Grabmann, Maritain). La filosofía medieval ha sido más justamente apreciada que lo que lo era antes de principio del siglo. Se han encontrado en ella ricos elementos y percepciones que hacen necesario un estudio más detallado de las obras de los filósofos del Medioevo y a lo cual Maurice de Wulf, entre otros, dedicó largos años.

Paralelamente, nuevo interés ha sido suscitado en las enseñanzas de los teóricos políticos del Medioevo (en su mayor parte, eclesiásticos) y a las variadísimas soluciones que ofrecen al problema de la obediencia política. Se ve hoy en Marsilio de Padua y en Manegoldo de Lautenbach, precursores de la "moderna" teoría de la soberanía popular. Esto ha llevado a una cuidadosa reedición de textos políticos medievales, los de escritores ortodoxos y los de escritores heterodoxos, como los de Santo Tomás de Aquino, Guillermo de Oc-

cam y los publicistas franceses de principios del siglo XIV, en los cuales queda patente el hecho de que nuestras más avanzadas teorías políticas nos han llegado de la Antigüedad a través de la Edad Media (Passerein d'Entreves, Previté Orton). La enorme influencia de San Agustín (o más bien de su interpretación, el neo-agustinismo) ha sido cuidadosamente estudiada; y el lugar casi decisivo que el santo de Hipona ocupa en la formulación de las relaciones entre la Iglesia y Estado ha quedado clarificado (Asquilliére).

El pensamiento político del Medioevo, en el cual encontramos la preparación de los tiempos modernos, ha sido eficiente y sugestivamente estudiado por una legión de especialistas, entre otros por los Carlyle, Mc Ilwain, Figgis, S. N. C. Woolf y Kern. La importancia de Federico II en la formación del estado moderno ha sido señalada por Ernst H. Kantorowicz. Vinogradoff y Zuleta han estudiado la influencia del derecho romano en el Medioevo. La emergencia del Estado soberano en la Edad Media, con el uso de fórmulas tales como *Rex est Imperator in regno suo* y la secularización de la liturgia eclesiástica, ha sido al menos señalada.

Nuevos campos abiertos

Otros nuevos campos de estudio han sido abiertos en los últimos cincuenta años; otros más, antiguos ya, han sido extraordinariamente ampliados. Así, Koerner, Kluchevsky y Rambaud han profundizado en el estudio de los orígenes de los eslavos y de sus instituciones. La literatura latina no eclesiástica: cantos populares, poemas libertinos, etc., ha sido desempolvada, lo cual ha venido a demostrar que la Edad Media, con todo su sentido de asceticismo puede ser deliciosamente impúdica. La atención del historiador ha sido desviada, entre otros por Coulton, del estudio de las figuras de reyes y santos hacia el estudio de hombre común y corriente. Se ha asignado un lugar de honor a las realizaciones culturales del monasticismo irlandés en la baja Edad Media. Se han estudiado minuciosamente las correrías de los hombres del Norte en nuestro continente (F. Y. Powell, Hovgaard, Vigfússon). El estudio de la ciencia Medieval ha venido a demostrar su alto espíritu crítico e independiente (Haskins, L.

T. White Jr.) Episodios históricos aislados, tal como las campañas sajonas de Carlomagno, han sido apreciados con mayor amplitud y en este caso particular se ha señalado en ellas el origen de la expansión "militarista" del Cristianismo.

Leyendas desechadas

Asimismo, se han rectificado o suprimido viejas leyendas relativas a puntos específicos de la historia medieval. Mencionaré unos cuantos: la leyenda de los terrores del año 1000 ha sido descartada; se ha exonerado a Focio de toda culpa en el cisma entre la Iglesia Romana y la Iglesia Griega; la idea de progreso (tan típicamente moderna, como se cree, puede ser trazada hasta los escritos de Joaquín de Flora en el siglo XII; el cautiverio de Aviñón no colocó al Papado al servicio incondicional de Francia; Guillermo Tell no existió ni tampoco Pedro el Hermitaño es figura tan importante como se cree en la historia de las Cruzadas; el conocimiento de la redondez del globo en la Edad Media era bastante corriente en los círculos científicos (pero de hecho, nadie daba un comino sobre ella); Roma no fué destruída por los bárbaros (sino por los romanos mismos y por el tiempo); por último, las 11,000 vírgenes nunca existieron (o, al menos las once mil vírgenes históricas de los tiempos de Atila, ya que la parquedad de las fuentes medievales no nos permiten una afirmación en pro o en contra en un caso general) y la leyenda se originó como resultado del error de un escriba incompetente.

La gran cultura medieval

Es quizá en el campo de la cultura medieval propia en donde se han logrado los mejores resultados. El estudio de figuras aisladas, el de las universidades o colegios monasteriales y catedralicios en donde enseñaron, ha descubierto un riquísimo panorama que constituye la mejor refutación al concepto hasta hace poco prevalente de la Edad Media como la Edad Oscura (en nuestros días, el término oscuro ilustra más bien la mente de la persona que lo usa, que la época histórica a que pretende definir).

Estudios individuales nos demuestran cómo el Renacimiento carolingio fué continuado en cierta medida en las cortes de los sucesores de

Carlomagno: los diversos movimientos heréticos han dado la pauta sobre la evolución social y política de la época en que se produjeron; el estudio de la ciencia medieval, especialmente de la física y de la astrología (o astronomía) ha disipado viejos prejuicios en contra de ellos; la Escuela científica de Oxford, de la cual surgió Roger Bacon, ha sido sistemáticamente investigada. El "Gótico" ha perdido ya la vieja connotación de barbarismo que llevaba consigo y en el campo del arte medieval se han analizado ciertos capítulos y ciertas técnicas que, como la de la fabricación de vitrales, no han sido superadas aún hoy día. El estilo románico ha sido estudiado paralelamente a la evolución de las lenguas romanas.

En este pulimiento de la contribución medieval a la cultura occidental, nuevas figuras han sido sacadas a la luz, y algunas de ellas ya conocidas han recibido el lugar que les corresponde; este es el caso de los siguientes: Ausonio, Sidonio Apolinar, San Paulino de Nola, Boecio, Marciano Capela, Alcuino (como el gran pedagogo de toda Europa), Juan Scoto Euriugena, Hroswitha, Lupo de Ferrieres, Miguel Psellos, San Pedro Damiano (como pensador político), Guillermo de Occam (como precursor de la Reforma protestante), Hildegardo de Bingen, Joaquín de Flora, el "Anónimo de York", Pedro de Maricourt y Witelo.

Grandes lagunas

Pese a los notables adelantos alcanzados en los últimos tiempos, todavía hay lamentables lagunas que llenar en el panorama de la historiografía medieval. Ha de lamentarse la falta de una sistemática historia constitucional de la Iglesia; el campo de la geografía histórica ha sido lamentablemente descuidado; una historia de Aristóteles a través de los siglos es todavía un desiderátum; no se posee una amplia y científica historia de las Cruzadas, ni un tratado sistemático y completo de la historia del derecho canónico. Algunas ediciones de textos medievales son urgentes, como una que incluyese las obras de Abelardo, cuya mente racionalista causó una revolución en el pensamiento medieval y abrió el surco hacia la Modernidad.

La Edad Media en América

Quizá aún más importante, al menos para nuestro punto de vista, es la falta de un estudio sistemático sobre la influencia de la Edad Media en América y especialmente en México.

La conquista, la colonización y la evangelización de América fueron llevadas a cabo bajo la égida de la Edad Media española.

México, quizá más que ningún otro país del continente, recibió generosamente el legado del Medioevo europeo a través de España. La actividad y la importancia de los frailes, la arquitectura civil y religiosa del siglo XVI, la institución de la encomienda, el teatro religioso, la Universidad misma no son sino varios de los muchos elementos medievales encajonados en la vida colonial de nuestro país. La conversión de los indios al Cristianismo fué un problema similar al que la Iglesia medieval tuvo que enfrentarse mil años atrás en la época de las invasiones germánicas, probablemente que fué resuelto aquí con métodos y política muy semejantes a los usados en la Europa de los siglos V, VI, VII, VIII y aún después.

En el mero campo de la aventura y de la fantasía, los conquistadores no estaban sino realizando en la práctica las ilusiones y fantasías de los libros de caballería españoles del Medioevo. ¿Que Cortés y Nuño Guzmán no andaban, como ellos mismos lo han dejado escrito, a caza de las míticas Amazonas? El descubridor de América, Cristóbal Colón, es un descendiente directo de una larga línea de viajeros medievales cuya figura más ilustre fué Marco Polo; de su medievalidad da testimonio el hecho de que creyó encontrarse en las cercanías del Paraíso Terrenal al descubrir las bocas del Orinoco y el que planeaba, una vez conquistado ese rico país, el costear una expedición para la recuperación del Santo Sepulcro.

El impacto de la Edad Media en América y especialmente en México, es un campo de estudio aún virgen, que constituye quizá el tema más sugerente y más rico en posibilidades para la consolidación de los estudios medievales en nuestra patria.

Dr. LUIS WECKMANN